

Óscar Contardo

Siútico



1
Extraños en el salón

*Ahora se había producido la llegada del mediopelo
y del rotaje alzado.*

Tito Mundt, *Papel manchado*

*i1900 o 1925, un siútico es un siútico!
¡Yo no permito que una hija mía se case con un siútico!*

Fernando Debesa, *Mama Rosa*

Hay palabras que son como balas. O como cuchillos. Balas y cuchillos de distinto tipo, para distintas ocasiones, de calibre variable y fabricación nacional. Algunas son postonazos o proyectiles que en lugar de plomo cargan tinta, que no dejan heridas pero manchan. No se trata de groserías, tampoco de insultos puros y duros; pertenecen a un campo de significado particular, son sugerentes y difíciles de traducir más allá de la tribu. Palabras como roto, como futre o como siútico. Tienen orígenes disímiles, raíces perdidas que son como hebras que primero se enredan y luego se pierden en un deshilachamiento histórico, más allá de cualquier fecha, hundiéndose en etimologías dudosas pero traspasando la historia como lo harían ciertas especies de reptiles o insectos que sobreviven al tiempo y los cataclismos.

La palabra «roto» es una bala, un cuchillo; a veces inocua, otras dañina. Su origen más probable está en los militares rotosos –harapientos, desharrapados– de la guerra de Arauco. Luego amplió su significado desde lo inofensivo a lo venenoso. Desde ser simplemente un sinónimo de «varón», o describir un tipo humano folclórico, simpático y telúrico que en un momento va a la guerra y defiende a la patria. En este caso se habla del «roto chileno» como una pieza histórica vinculada al triunfo en campañas bélicas, idea que se consagró en la batalla de Yungay en 1839, cuando los reclutas descamisados triunfaron sobre las fuerzas de la Confederación. Pero también deriva en figura humorística criolla: el roto desdentado, con ojotas, sonriente, pícaro, alcoholizado. Verdejo pobretón, consumido en una fatalidad que no se nota porque se le supone feliz en la rusticidad de su asentamiento menesteroso en los arrabales de la ciudad. Pero el roto,

en la medida en que deja de ser un sujeto folclórico o pintoresco, se transmuta en un ser amenazante. El roto nunca discrepa, disiente o critica; a los ojos del patrón, el roto se «alza», se subleva, se insolenta o se resiente, lo que supone un peligro porque no hay diálogo, no hay negociación posible, porque muy en el fondo no se trata de una criatura racional ni razonable, de un «buen salvaje», sino de un ser temperamental que hay que mantener a raya porque es de difícil extinción e improbable evolución. Ser un roto es una condición hereditaria que acompaña hasta la muerte, como la diabetes o el daltonismo.

Bajo esta idea se encuentra el carácter mineral de la sociedad en que vive. Un mundo estático, tectónico, donde naturalmente los cambios se dan a ritmo geológico y el progreso sostenido es una experiencia históricamente inusual. En su novela *El roto*, Joaquín Edwards Bello arranca el relato con un ejemplo de la idea de progreso que se manejaba en Chile, contando cómo un ilustre político se había opuesto a la construcción del ferrocarril porque el sistema «traerá la ruina a los dueños de carretas». Para que el roto existiera era necesaria una contraparte que pensara que el futuro estaba en las carretas de bueyes y que cualquiera que dijera lo contrario era un elemento peligroso. De hecho, el parlamentario que abogaba por las carretas de bueyes –y que Edwards Bello nunca identifica– acusaba al mismísimo Andrés Bello de «miserable aventurero» por defender la construcción del ferrocarril.

El escenario es entonces una sociedad de argumentos abreviados por el imperio de la obediencia.

Por otra parte, el roto rara vez se reconoce a sí mismo. Casi siempre el «roto» es el otro, y que el otro lo sea significa que hay una distancia insalvable, una distancia de origen de la que no hay retorno, y que abre las puertas a un aspecto importante del arsenal de palabras que tiene que ver con disparar a mansalva. «Mi familia dejó de ir a El Quisco porque se llenó de rotos», indica una profesional en la treintena, titulada en una universidad confesional, lo que con frecuencia comunica una supuesta cuna privilegiada. Lo dice al pasar, una acotación a la hora de almuerzo, como advirtiéndoles a los demás comensales que ni ella ni los suyos pueden compartir un mismo espacio con el gentío que invadió el balneario de su infancia. Con ello establece que hubo un pasado mejor para el balneario, un pretérito de exclusividad al que ella y su familia accedieron. Un pasado de

alta alcurnia de El Quisco, del que el resto de los chilenos no nos enteramos. El disparo en ese caso es de fogueo, solo una señal. Errada, por cierto, y nadie se atreve a comentarla, porque en la mesa se instala un ambiente de tensión que es como la angustia que precede a la vergüenza ajena.

El ejercicio de «rotear» no tiene más objetivo que distanciarse, que crear la fantasía de que en algún momento ese balneario fue un lugar resguardado de una tribu a la que ni ella ni su familia pertenecían. Aquí surge una arista interesante. El roteo suele ser un arma entre aquellos que se sienten amenazados, bajo sospecha; aquellos que, estando en medio —el mediopelo—, buscan elevar su condición, al menos discursivamente. Quienes rotean saben que hay un algo que los sitúa demasiado cercanos al umbral donde el respeto se pierde. Así que, antes de ser confundido con uno, mejor señalar a otros. La mujer dice: «Yo no soy una rota, estoy por encima de eso, soy mejor». Pero todo ese esfuerzo se desploma cuando se enfrenta a una máxima acuñada por el grupo al que quisiera pertenecer, y que sentencia que «rotear es de rotos».

El roto es el otro, distinto de uno y ajeno en sus hábitos y modales. Una respuesta al roteo fue la palabra «futre» —actualmente en retirada—, que alude desdeñosamente al tipo refinado, al elegante, pero más derechamente al patrón o al que podría llegar a serlo. Hay quienes aventuran que el origen estaría en una expresión francesa, *foutre*, que en el habla del pueblo llano chileno se transformó en «jutre» o «futre»¹. La palabra es la defensa del roto (o de la rota, que en rigor es la «china»), un arma de contraataque, la reacción desde la inferioridad. En la novela *El loco Estero*, Alberto Blest Gana pone en escena un intercambio callejero entre un par de caballeros y un grupo de chinas, en plena celebración de la batalla de Yungay:

*Cantemos las glorias
Del triunfo marcial
Que el roto chileno obtuvo en Yungay*

1. El significado de este verbo francés alude vulgarmente al acto sexual. Su raíz está en el latín *futuere*, presente en varias lenguas romances en palabras despectivas en el mismo sentido. Por otra parte, la expresión *jean-foutre* alude a un tipo incapaz, un inútil.

entonaban las mujeres. Un par de caballeros, de jóvenes bien, completan el verso en tono de burla:

*Sin las chinas feas
Que chillando van.*

A lo que las chinas responden:

*Cantá no más
Futre encolao
De a cuartillo el atao.*

Todo esto en medio de un desfile por la Alameda, donde las autoridades habían construido un tablado a manera de palcos abiertos «para la gente visible». No se especifica cuál era la gente «invisible». Lo de «futre» fue la respuesta al roteo, pero no alcanzaba su poder de artillería. Futrear a alguien no es tan destructivo, a menos que se le agregue sarcasmo (futrecito) o violencia (futre de mierda) a la expresión, o se dijera en un entorno amenazante para los caballeros, como lo haría el diario *El Clarín* durante la Unidad Popular. Es interesante notar cómo estas palabras alcanzan su auge en periodos de cambio o crisis política y social.

Actualmente, y por efecto de la filtración de ideas foráneas como el culto a lo políticamente correcto, el respeto al prójimo independientemente del barrio en que viva o el lugar donde vaya de vacaciones, y la progresiva conciencia de que la discriminación social es impropia —en particular si es en público—, el sentido de «roto» se ha igualado al de «maleducado» o «grosero». Se abre así un universo más alejado de la definición original, dando un paso rumbo a la modernidad: ya no se es roto, sino que se cometen roterías, faltas a las buenas maneras, abusos triviales que reflejan mala educación y no un origen social (aunque, en rigor, origen y calidad de la educación están muy relacionados). El roto, ahora, no nace sino que se hace, por voluntad propia y desidia.

Aun así, oculto, tapado, sobrevive el significado ancestral, aquel que tiene sentido en un orden primitivo, rural, con muchos cercos y alambradas para resguardar las distancias: «Siempre existe un momento de crisis en donde aparece. Es como algo atávico», reflexiona el cineasta Andrés Wood, que en la película

Machuca hace aparecer la palabra en las escenas de mayor tensión, cuando la rabia se desborda. Rotear es un violento ejercicio de tomar distancia, de poner las cosas en orden y recordarle a otro su lugar.

Síntomas de la supervivencia del roto son ejercicios periódicos como «el rotómetro», que en la última década del siglo XX surtía de diversión a los lectores con un cuestionable juego de ingenio que consistía en completar un test de comportamientos que se supone retratan al roto contemporáneo, sin ojotas, suburbano y con trabajo estable. Uno más cercano al ingreso medio, al C3 o al mediopelo histórico². El rotómetro de los años noventa es una de esas pruebas de pureza social que suelen ser elaboradas al calor del ocio de una redacción con más pretensiones que ideas, y que terminan por delatar no al roto que se supone pone a prueba, sino al personaje que las inventa; como la mujer que anuncia que ya no va a El Quisco, se instala en otra arena: la de la promoción social. Se trata de una estrategia de escalamiento, la del sujeto que pretende arribar imitando los códigos que cree lo acercarán al plano de aquellos a quienes quiere imitar o, en el más ambicioso de los casos, lo harían parte del grupo al que sueña pertenecer. Entonces es que surge lo de «siútico», como artillería para repeler el ascenso.

Roto es a siútico lo que un arma de destrucción masiva a un revólver con silenciador; lo que una bomba de racimo a una bomba de ruido. La primera es una expresión de arrabal, con un hálito de aire libre y de domicilio improbable. Evoca, más que a individuos, un cuadro histórico: manadas de gañanes desplazándose en busca de trabajos temporales, sembrando de hijos sin apellido el Chile agrario del siglo XIX. Los rotos invaden, pululan, se envalentonan, a veces se alzan y rebelan. En cambio, el siútico entra en escena o irrumpe, se infiltra, imita, trepa y obedece. Nunca combatirá abiertamente al futre, como sí lo hará el roto, porque su objetivo es acercarse al aristócrata, que lo con-

2. En www.purochile.com es posible recuperar el test. Las preguntas son del tipo: «¿Tiene tele en el living? ¿Le parece que el mall es un buen lugar para ir de paseo el fin de semana? ¿Le agrada usar zapatos con short? ¿Cuando va a almorzar dice “voy a colación”?». El test clasifica también a partir del vocabulario que marca pertenencia social: «¿Le dice falda a la pollera? ¿Le dice mami a su mamá? ¿Cuando se abriga se pone chaleca?».

fundan con él, ser aceptado en su mundo. El roto es a barbarie lo que siútico es a civilización.

La palabra «siútico» solo pudo haber surgido en la ciudad, allí donde emerge una nueva capa geológica, un mineral de ley variable que se sitúa entre el patrón y el peón. Es un arma selectiva, de mayor refinamiento, que, a diferencia de «roto», no es necesario utilizar con rabia o solo desprecio. Permite combinaciones, da juego, favorece el ejercicio de la ironía y del sarcasmo. Para la elite, el siútico encarna una amenaza distinta de la del roto. Menos brutal. Una amenaza microbiana, bacteriana, incluso hereditaria, como afirma Edwards Bello en boca de la heroína de *La chica del Crillón*:

La siutiquería es una enfermedad de humillación y dura tres generaciones.

Por otra parte, «siútico» es una palabra de límites más difusos que roto o futre. Se usa en discursos más elaborados que el rústico arranque de rabia. Eso sí, para que la palabra, de oscuro origen, llegara a existir y difundirse en Chile hacían falta por lo menos tres elementos: la vida urbana, una riqueza nueva gracias a las minas del norte y los burócratas y profesionales. Todo esto desemboca en la aparición de un tipo humano nuevo que aspira a entrar en los salones herederos de la Colonia, donde ya todos se conocían. Irrumpir para confundirse con los invitados habituales, haciendo caso omiso de los límites estamentarios tradicionales, burlando los cercos y esquivando los alambrados en traje de camuflaje. Los siúticos serían entonces los recién llegados, los desconocidos, los aspirantes. El siútico es el arribista vernáculo, el extraño en el salón, enfrentado al poder esquivo y corcoveante de una elite que se espanta, evade, rechaza, y si el caso lo amerita, utiliza y coopta. El siútico no enfrenta al futre, más bien lo imita y sobre todo lo obedece y trata de sacar provecho de su cercanía.

Historiadores, cronistas y escritores intentaron –sobre todo a fines del siglo XIX y en la primera mitad del XX– buscar una definición y un origen para una palabra que el Diccionario de la Real Academia Española define como un adjetivo coloquial de uso en Bolivia y Chile «para una persona que presume de fina o elegante o que procura imitar en sus costumbres o modales a las clases más elevadas». Una definición, como veremos más ade-

lante en este libro, sin etimología cierta, que ha dado pie a una rica especulación difícilmente comprobable: que la habría inventado José Victorino Lastarria; que sería una derivación de una palabra quechua o de una palabra inglesa (de *suit*, traje); que se origina en el apellido de un personaje del *Juan Tenorio* de Zorrilla, Ciutti, que se da aires de gran señor, o que es el producto fonético de los arrumacos a una guagua. Durante la primera mitad del siglo XX se definió, se describió, se debatió sobre ello como si se tratara de un asunto fundamental, como si a través del análisis del siútico pudiera llegarse a develar la interrogante que más inquietó a los cronistas de esa época: la pregunta sobre en qué consiste ser chileno. La lógica en este caso era que había algo esencial o incluso biológico en la siutiquería. No se buscaban las respuestas en el entorno, ni en las transformaciones sociales de la vida urbana, o en las repercusiones que tendría en Santiago la aparición del «nuevo rico», tras amasar su fortuna en las minas del norte. Tampoco aparecían en la reflexión sobre el siútico los vínculos que tendría el fenómeno con el surgimiento de un nuevo grupo: el de los burócratas y profesionales. Del siútico se hablaba en términos naturalistas. Como lo haría un etólogo sobre el comportamiento animal, un zoólogo sobre una especie de monos. El siútico nacía, no se hacía.

La seducción que ejercía el tema de la siutiquería era tan intensa como el rechazo que provocaban en la élite las manifestaciones de los nuevos ricos en su intento por acercarse a su mundo. Un hito en el tratamiento de la sociedad santiaguina al nuevo rico es el episodio protagonizado por los Castagneto, una familia de prósperos inmigrantes asentada en Valparaíso en las primeras décadas del siglo. La familia decidió celebrar la fiesta de presentación en sociedad de una de sus hijas invitando a los jóvenes de las familias más notables de la capital. La estrategia de inserción social fue neutralizada por los distinguidos convidados, que, actuando concertadamente, enviaron a la fiesta al personal de servicio de sus casas³. Algunas versiones añaden destrozos atribuidos al personal de servicio, otras simplemente la humillación de tener que recibir como invitados a empleadas,

3. No hay acuerdo sobre la fecha exacta del episodio. La historiadora Valeria Maino sitúa el incidente en 1924, durante el gobierno de Alessandri Palma; Joaquín Edwards Bello, en su novela en clave *Criollos en París*, la recrea para las fiestas del centenario.

peones y jardineros. Esta anécdota, como la mayoría de las historias de siúuticos en Chile, es parte de la tradición oral, conservada y traspasada de generación en generación del mismo modo en que los pueblos originarios conservan sus mitos fundacionales. Una historia similar ocurriría cuarenta años más tarde con una familia de origen árabe, que dio una fiesta a una de sus hijas invitando a los retoños de los clanes más ilustres de Santiago, los que acudieron solo para provocar desmanes en la casa de los anfitriones. El mito es aliñado con detalles posiblemente espurios, como que los invitados fueron escogidos por sus apellidos en la guía telefónica. El incidente, también conservado oralmente por generaciones de parientes y amigos de los asistentes a la fiesta, está representado en la escena con la que arranca la novela en clave *El viajero de la alfombra mágica*, del escritor Walter Garib.

Casi medio siglo separa ambas fiestas, la de los inmigrantes italianos y la de la familia árabe, un dato que ayuda a ilustrar no solamente la morosidad de los cambios sociales en Chile durante buena parte del siglo XX, sino también la curiosa interpretación de las normas del buen comportamiento y la insólita forma de poner en práctica aquello llamado «caridad cristiana» en un ámbito declaradamente piadoso.

Estos relatos del acoso social mantienen ciertos patrones: nunca se revela a los protagonistas de la agresión, aunque sí a las víctimas; siempre la fuente es un pariente no muy directo que conocía a alguien directamente involucrado en la agresión. El solo hecho de tener un conocido o antepasado entre los victimarios es un símbolo de estatus. Los relatos de este tipo guardan algunas similitudes con la estructura de la leyenda urbana, en la que participó el amigo de un amigo, aunque en este caso los fenómenos paranormales son reemplazados por demostraciones de crueldad hacia el siúutico o nuevo rico. La historia remata por lo general en un resoplido de reprobación cristiana por parte del narrador. Un gesto que no alcanza a ocultar la disimulada satisfacción que procede del hecho de estar del lado de los victimarios. Existen casos en que el resoplido es reemplazado por una sonrisa, como la de un niño tratando de evitar el castigo después de golpear a su hermano menor.

Así como la palabra que lo consigna es un giro local, el siúutico es una subespecie a escala nacional del arribista universal; mal que mal, el deseo de escalar en la cartografía del estatus es un

fenómeno común en las sociedades occidentales que han abandonado el sistema de castas o los estamentos sociales rígidos. Con el siútico pasa lo mismo que con los marsupiales, que en Australia llegan al tamaño de un ser humano (canguro) y en Chile al de un roedor (monito del monte). La evolución de cada uno ha dependido de las presiones ambientales de un medio específico.

El siútico se debe a su tierra: un país nuevo, de geografía estrecha, más pobre que próspero, ubicado en el lugar menos afortunado del mapa, mirando hacia una extensa masa de agua, que es lo más parecido a mirar hacia la nada misma. Un país forjado con más empeño que fondos, cuya importancia para la metrópoli colonial radicaba en su condición de pasadizo entre dos océanos, lo mismo que un atajo o la sala para pasajeros en tránsito del aeropuerto.

En 1954, después de la Segunda Guerra Mundial, y fruto de los estudios de Alan S. C. Ross sobre las diferencias en el uso del idioma entre las clases sociales británicas —los sociolectos—, comenzó a popularizarse en Inglaterra la expresión *U and Non-U*, que es la abreviación de *upper class* (clase alta) y *non upper class* (clase media). Uno de los aspectos que abordaba el estudio era el uso de distintas palabras para un mismo significado, vocabularios diferenciados que funcionaban como código, como una señal de pertenencia: una persona *upper class* decía *bike* para bicicleta, una *non upper class* decía *cicle*; si quería hablar de perfume, un sujeto de clase alta utilizaba la expresión *scent* y uno de clase media la palabra *perfume*; morir para un inglés de clase alta siempre era *to die*, nunca *to pass on*. El estudio de Ross fue publicado en un momento en que Gran Bretaña entraba en una nueva etapa política, económica y social. En 1954 se terminaron catorce años de racionamiento de posguerra, anunciando un periodo de prosperidad que abrió las puertas a un gran contingente de ingleses de la clase trabajadora a empleos considerados de clase media.

El nuevo escenario resultaba ideal para que una talentosa escritora llamada Nancy Mitford decidiera desperdiciar de todo academicismo el estudio de Ross y transformarlo en un libro de alcance masivo.

Mitford provenía de una familia tan rural como noble, con todo lo que esa combinación significa para una cultura que considera un signo de distinción montar a caballo para perseguir

zorros con una jauría de perros marcando la ruta. La autora era la mayor de seis hermanas, entre las que se contaban una comunista, una nazi enamorada de Hitler, una fascista y Nancy, que reunía todas las condiciones que se esperan de una aristócrata inglesa: excentricidad, ingenio, talento, un primer marido gay, un segundo marido inútil y un amante militar francés. Mitford difundió, en su ensayo *Noblesse oblige*, el término acuñado por el lingüista Alan Ross.

La idea de *U and Non-U*, siendo como era un alarde de esnobismo, en el fondo lo que hizo fue situar los códigos de distinción de clase al nivel de un ejercicio de entretenimiento para todo público en Inglaterra, la sociedad más jerarquizada de Europa occidental. Poder hacerlo, en cierto modo indicaba que ya no había peligro. Un juego cínico pero democratizador, que anunciaba los nuevos tiempos que se avecinaban: la era de la meritocracia⁴.

El rotómetro popularizado en Chile en los noventa tiene su antecedente en Nancy Mitford, aunque juega más con los trazos gruesos del lenguaje y los hábitos. Una analogía más certera emerge de Graciela Totó Romero sobre el lenguaje del siútico. La periodista postula que la dictadura de Pinochet difundió una manera de expresarse que rompió con el lenguaje tradicional:

Todas las siutiquerías del idioma las dejó el tiempo de Pinochet. Yo diré toda la vida *siéntate*, ¿cómo voy a decir *tome asiento*? Es una estupidez. Uno dice *un cuarto para las cinco*, pero no *las 4.45*, como dicen ellos. Se dice «mi tía se *murió*», nunca «mi tía *falleció*». ¿Has visto algo más siútico que *fallecer*? Siúticos ha habido siempre, pero yo creo que la época crítica fue la de los milicos.

A esta selección de Totó Romero se pueden añadir otras tantas expresiones que marcan diferencias entre un miembro de la

4. De hecho, Gran Bretaña pasó de tener los más bajos índices de movilidad social de Europa occidental a mediados del siglo a ostentar los más altos en la década de 1990. Por otro lado, el inquietante comportamiento de la familia real durante el último cuarto de siglo —el príncipe Carlos hablando de los tãmpax de Camila, el príncipe Andrés y su relación con una actriz porno, las disfunciones alimentarias y emocionales de Diana— poco ayudó a sostener la rigidez social en la era del diario *The Sun* y de los magnates árabes.

clase alta y uno de la no clase alta chilena, es decir, la mayoría. Por lo general, el código de la elite es arbitrario y solo funciona por oposición al lenguaje utilizado por la clase media: anteojos (lentes), colorado (rojo), pollera (falda), convidar (invitar), escobilla de dientes (cepillo de dientes), auto (vehículo), mi mujer (mi esposa), amoroso (amable), «bech» (beige). Su manera de pronunciar afecta cierta tendencia a transformar la *tr* en un sonido arrastrado, del mismo modo en que lo haría un campesino, y de transformar el diptongo *ea* en *ia* («tiatro» en lugar de teatro). Por otra parte, nunca pronunciará la *ch* como tienden a hacerlo las personas de origen social inferior, como *sh*, lo que provoca una especie de escollo para pronunciar palabras inglesas de uso común como *shopping* (que se transforma en *chopping*, literalmente cortar en trozos y no ir de compras).

El uso de los artículos *la* o *el* para nombrar a alguien también es una marca. Para la clase alta, el *la* para referirse a una mujer es extendido y aceptado (la Isidora, la Maida, la Cote), no así el artículo *el* para los nombres propios masculinos. Nadie entre ellos dice *el* Max, *el* Pelayo o *el* Raimundo, fórmula que sí es aceptada en los segmentos medios y bajos, independientemente del nivel educacional. En contraste con España o Argentina, este uso del artículo se considera muchas veces propio de las barriadas.

Hay ejemplos en franco retroceso, como evitar la palabra «cine» asimilándola a «teatro» o, más descriptivamente, decir que se va «a ver una película» y recurrir a la repetición «teatro-teatro» cuando se refieren a la representación dramatúrgica y no al cine. «Navidad» es una palabra medianamente aceptada a cambio de «Pascua», y solo últimamente. Se puede especular que se hizo necesario separar claramente las dos fiestas cristianas para no confundir las ofertas y el reparto de regalos de diciembre del reparto de huevos de chocolate a comienzos de otoño.

Existe una opción por la simplicidad del lenguaje, y una valoración de lo agrario. La idea de «servirse algo», muy común en sectores medios, suena demasiado cursi frente al más directo «comer» o «tomar» algo (beber, jamás). Además de la preferencia por lo directo y la nostalgia rural, se da una preservación inconsciente del legado quechua: el pituco se ríe del comentarista deportivo que habla de «campo de juego» en lugar de decir simplemente «cancha» y jamás dejará de llamar «guagua» al lac-

tante, en oposición a la infiltración de la palabra «bebé» en los sectores medios y bajos.

La clase alta chilena nunca cena, solo come en la noche, utilizándose el genérico «comida» para después de las ocho de la tarde y restringiendo la expresión «almuerzo» para el mediodía. Costumbres de clase media como «tomar onces» son consideradas una rareza (se «toma té», en vez) y por lo general la guía telefónica es para ellos «el guía de teléfonos».

Pero el modelo de recopilación de diferencias del lenguaje según la clase social popularizado por Mitford no es del todo homologable a la realidad chilena o de Latinoamérica en general. El fondo de la diferenciación lingüística en *U and Non-U* no era entre clase alta y clase baja (como lo establecía el rotómetro que circuló en Chile en los noventa). El contraste era naturalmente entre nobleza y clase media o burguesía, y el sensor de vocabulario tenía sentido porque en la monárquica Inglaterra efectivamente había una nobleza, efectivamente había una o varias burguesías y, a excepción de los inmigrantes, las clases sociales no estaban cruzadas por el color del mestizaje, por lo tanto podían ser invisibles a primera vista. Así se entiende la necesidad de explorar las diferencias, por lo general sutiles, en la expresión hablada. En nuestro continente, la mayor parte del tiempo no es necesario esperar que alguien hable para saber a qué grupo social pertenece, porque la carta de presentación viene incluida en el rostro, sin necesidad de emitir sonido alguno.

Nancy Mitford dijo alguna vez que una aristocracia en una república era como un pollo al que se le había cortado la cabeza: puede que tirete como si estuviera vivo, pero sin lugar a dudas está muerto. Por cierto, hablaba de la aristocracia europea, de países como Francia o Italia, donde la instauración del sistema republicano abandonó a su destino a monarcas, marqueses, duques y nobles sin fortunas vinculadas a la industria (como sí era el caso de los Rothschild, los Von Taxis o los Thyssen), cuyo ámbito de poder se redujo a las páginas de la revista *Hola* y los salones del Régine's⁵. No existe registro de que la autora de *No-*

5. No está de más recordar que aristocracia y nobleza son conceptos distintos. La definición clásica de aristocracia es la de gobierno de los mejores: «El poder lo ejercen los *áristoi*, los mejores, que no equivale necesariamente a la casta de los nobles», dice el *Diccionario crítico de sociología* de Boudon y Bourricaud. «Nobleza, en cambio,

blesse oblige estuviera enterada de la existencia de otro tipo de aristocracia existente más al sur de lo que ella hubiese imaginado como parte del mundo civilizado. Una aristocracia que comenzó a ser denominada en las postrimerías del siglo XIX con el añadido de Rothschild «castellano-vasca», un rótulo que a la larga resultaría exitoso, pese a que la elite tardó en aceptarlo. Dice el poeta y diplomático Armando Uribe:

Solo hacia fines del siglo XIX y en relación con la guerra civil de 1891, principalmente santiaguinos con tierras en el Valle Central fueron llamados por algunos cercanos «la aristocracia chilena». Según mis lecturas y mi propia experiencia, clasificar a los miembros de la llamada clase alta como aristocracia es considerado una siutiquería por los miembros más sólidos de esa misma clase. Por ejemplo, así era visto el libro *Casa grande*, de Luis Orrego Luco, en donde los personajes se llenan la boca con su aristocracia. Ese sector considerado superior y que mantuvo el poder político, económico y financiero usaba palabras neutras para denominar a su propio sector, como «gente de familia» o a lo más «gente de sociedad», y esta última expresión se consideraba propia de personas a quienes se tiende a calificar como mundanas.

Lo que devino en llamarse «aristocracia chilena» se reconocía originalmente como «gente con apellido», «de familia» o «de sociedad», con fuertes lazos con el mundo agrario y por eso cercanas al lenguaje campesino. Por lo tanto, no era el lenguaje del hombre y la mujer de campo lo que los perturbaba, sino el alambicamiento del nuevo sujeto urbano que quería llegar a formar parte de su círculo. Un individuo para el que las barreras no se limitaban simplemente a la forma de hablar. La primera brecha,

es una agrupación endogámica que goza de privilegios sancionados jurídicamente y de la cual no se puede formar parte si no es por vía agnaticia, según el *Diccionario de política* de Bobbio, Matteuci y Pasquino. Ambos términos comenzaron a usarse como sinónimos después de la Revolución francesa. Por otra parte, el término «oligarquía» comenzó a popularizarse en América Latina durante el siglo XIX, al mismo tiempo que la expresión «burguesía» cobraba importancia en Europa. En su definición clásica, oligarquía es el gobierno de una minoría, como una desviación de aristocracia. Su uso moderno, sobre todo en América Latina, está vinculado a la idea de explotación. Para simplificar las cosas, aquí se utilizarán como sinónimos los términos elite, nobleza, aristocracia y oligarquía.

en nuestro caso, era la apariencia física. De hecho, en varias descripciones del siútico de la época se hace mención al rostro moreno o cetrino (en el caso del marqués de Cuevas) del sujeto en cuestión.

Al sur del Río Grande la posición social tendría como elemento central la proporción de sangre indígena. El mestizaje economiza el recurso verbal para distinguir quién es quién en nuestra América morena. Solo en determinadas zonas la inmigración masiva de italianos, alemanes y polacos logra neutralizar el factor pigmentario. Un elemento que siempre será una señal de que seguramente se es, parafraseando a Mitford, un *Non U*, o menos que eso.

Una chilena residente en Europa, de apellidos ilustres, algunos de ellos presentes en calles de Santiago y en libros de historia, cuenta el caso de una mujer de su entorno familiar que fue a visitarla a Berlín:

Llegó al aeropuerto, bajó del avión, me saludó, y con un suspiro de alivio declaró: «Aquí se respira otra raza, aquí uno se siente bien».

Nótese que en estos casos el «uno» es muy claro y apunta al grupo de «la gente como uno». Prosigue la chilena en Berlín:

[Ella] se cagaba en todo lo que establece un orden civilizado, se cagaba en el reciclaje, en los pasos de cebra, en las colas, y mientras tanto repetía que ella tenía que vivir aquí, porque se sentía cómoda, era lo suyo. Y no sabes cómo le hacía falta la nana. Mi pareja, un europeo amamantado por la socialdemocracia europea, no daba crédito de lo que salía de la boca de esa mujer que se juraba progresista. Yo tenía que explicarle que no era mala. Que solo era tonta.

La mujer, sin embargo, expresaba una especie de sabiduría ancestral, un convencimiento de que en su suelo de origen ella estaba hecha de un mineral distinto del resto, esa «otra raza», una idea que sobrepasaba su militancia supuestamente progresista. Esa otra raza cabe suponer que corresponde a la mayoría que circula cotidianamente en una calle del centro, la masa peatonal de Ahumada con Huérfanos, que es morena, de estatura baja, mestiza. Chilenos al fin y al cabo.

El extendido mestizaje en Chile parece diluir la posibilidad de usar el concepto de «racismo». El prejuicio racial suele aplicarse espontáneamente solo cuando se trata de discriminar a personas negras de origen africano. En el resto de los casos el origen étnico se funde con elementos de clase y la palabra «racismo» desaparece, pero no el prejuicio. Nacen así otros códigos.

El director de cine Andrés Wood recuerda que cuando mostraba la película *Machuca* fuera de Chile, y más específicamente en Europa, los espectadores tendían a pensar que se trataba de un conflicto étnico entre aborígenes (morenos y pobres como el personaje de Machuca) y colonizadores (blancos, educados y acomodados, como el personaje de Infante). Explica Wood:

Creo que el casting de la película no funciona bien para explicar la situación al público extranjero. Al ver a los personajes creen que el conflicto principal de *Machuca* es racial; porque en parte es así, pero no totalmente. Es más complejo que eso. En Europa es como si Machuca fuera nativo, y como si ese fuera el punto. Hay algo racial, pero no lo es todo, porque no hay una identificación de ellos [Machuca, su familia y compañeros] con el mundo indígena.

En Chile es posible que una persona de acusados rasgos indígenas se sienta fatalmente ofendida si se le pregunta si pertenece a alguna etnia o que se enorgullezca al demostrarle a un extranjero que aquí «no andamos con plumas». Porque una cosa es ser pobre y otra es ser indio.

Una complejidad similar existe en la idea de *siútico*. No significa simplemente *cursi*, el sinónimo más a la mano. A la pretensión de elegancia que define al *cursi* hay que agregarle los efectos propios de la sociedad chilena, una comunidad donde todos los atributos de distinción estaban resguardados por una elite endogámica más blanca que las clases inferiores, que, aunque el poder radicara en la propiedad agrícola, residía y se educaba en la capital. Porque para estos efectos, Santiago efectivamente es Chile. El médico y escritor talquino Francisco Hederra Concha describió esta característica en su novela *El tapete verde*, publicada originalmente en 1910. En uno de los pasajes el narrador advierte:

Doña Enriqueta no lo podía creer; tenía la profunda convicción de que fuera de Santiago no había distinción, ni elegancia, y mu-

chas veces había llamado siúticas a las provincianas aun sin conocerlas.

Casi cien años después, en *El sentimiento aristocrático*, dice uno de los entrevistados de la historiadora María Rosaria Stabili:

Para mi abuela Valdívieso, la gente se dividía en gente «conocida» o gente «no conocida». La gente «conocida» coincidía con Santiago. El resto no existía.

Se trata entonces de una elite capitalina, sin competencia de otra urbe, que, desafiando la teoría del pollo decapitado de Nancy Mitford, era reconocida como una aristocracia republicana, con un poderoso sentido de grupo, rasgos físicos distintos de los de la mayoría y un arraigado orgullo por el apellido. Este sentido del apellido es un buen ejemplo del código vernáculo tan difícil de traducir en el caso de *Machuca*. Solo un chileno sabe que la elección de los apellidos de los personajes de la película de Wood –Machuca para el pobre, Infante para el rico– no es casual. Para un español o alemán, ambos apellidos no son más que palabras. Para un chileno, etiquetas de dos mundos contrapuestos. Algo parecido a la broma que un personaje de la farándula dedicó a María Eugenia Larraín, la modelo que casi se casa con el futbolista Iván Zamorano. El personaje comentó en tono de sorna que ella debió ser «Larraín de Maipú». Un espolonazo que solo un chileno puede entender en plenitud. Como solo un miembro de la clase alta sabrá valorar la diferencia entre pronunciar «Larraín» o «Larreín».

Decíamos que el aspecto es el primer paso para avistar a un siútico. Luego se suma la pretensión en el lenguaje. El recién llegado que piensa que es fino modular será tan siútico como aquel que enrostra su riqueza de última hora. Este es el modelo básico, pero hay un abanico de variables, atributos, conductas y hábitos que se combinan de manera arbitraria o que varían según el momento histórico; elementos que hacen saltar el sensor del «aristócrata» criollo, que reacciona, según los tiempos y el grado de amenaza, con mayor o menor alarma.

El siútico surge como un código interno de la elite para señalar al extraño. Todo indica que debió nacer como burla aparentemente inofensiva ante casos puntuales, aislados, pero con el tiempo y las transformaciones sociales llegaría a ser una artillería de defensa, incluso un arma política: durante la presidencia de